

¿Qué quieren los transviados¹? Notas sobre *Incursiones queer en la esfera pública: Movimientos por los derechos sexuales en México y Brasil*

Berenice Bento*

¿Qué negociaciones permitieron a los activismos LGBT mexicanos y brasileños entrar a la esfera política, inaugurando un discurso en torno a los derechos y la sexualidad? ¿Cuáles son las relaciones entre el activismo LGBT y otros movimientos sociales? ¿Cómo entró el tema de las homosexualidades a los congresos de los partidos de izquierda, en plataformas de candidatos y en las políticas públicas? ¿Qué repertorios discursivos transnacionales fueron accionados por el activismo LGBT en México y en Brasil en sus luchas por los derechos humanos? Rafael de la Dehesa se dedica a investigar estas y otras cuestiones en *Incursiones queer en la esfera pública. Movimientos por los derechos sexuales en México y Brasil*. Publicado inicialmente en inglés por Duke University Press en 2010, el libro está compuesto por tres partes (Marcos, Umbrales, Senderos) y seis capítulos, además de un prólogo a la edición en español.

El autor realizó extensas investigaciones de archivos, 268 entrevistas en profundidad con activistas del movimiento LGBT en ambos países, activistas de partidos políticos, funcionarios públicos, aliados y opositores; consultó en profundidad las fuentes primarias de archivos personales y de organizaciones. Una extensa bibliografía interna a los debates en cada país y una potente discusión teórica en torno a las categorías analíticas de biopolítica, sexualidad, hibridismo y liberalismo, entre otras, atraviesa las casi 500 páginas escritas a lo largo de nueve años.

¿Cómo interpretar y organizar un considerable volumen de textos? Tal vez el camino más seductor sería aquel tradicionalmente tomado por la sociología, con base en la legitimidad científica positivista, encantado por la demostración de regularidades y semejanzas internas de determinado recorte de las relaciones sociales. Después vendría la construcción de un sistema clasificatorio con sus taxonomías, y por fin, alimentado por las mismas semejanzas/regularidades, la construcción de tipos sociales (inspiración durkheimiana). Felizmente, de la Dehesa se niega a encuadrarse dentro de estos esquemas metodológicos. Como afirma, el objetivo del libro “no es derivar ‘leyes sociales’ a partir de la correlación de ciertos ‘hechos sociales’, sino deconstruir las circunstancias que permitieron a los hechos ser apreciados como tales mientras se descartaban otras posibilidades” (p. 42).

Cada capítulo desarrolla un análisis refinado y crítico de los procesos que llevaron a l@s activistas LGBT mexican@s y brasileñ@s a ocupar el espacio público y al hacerlo, negar el protagonismo explicativo de su existencia a la medicina y los juristas, campos de conocimiento históricamente autorizados a hablar sobre las homosexualidades. Esto explica la centralidad que el concepto de campo asume en la investigación. El campo aquí es

¹ *Transviados* es un insulto en el idioma portugués para aquell@s que no presentan un performance “adecuado” a las expectativas en torno al género impuesto al nacer. Por una decisión idiosincrática, no uso teoría “queer” en mis textos sino teoría/activismos transviad@s.

accionado como metáfora espacial, en el que l@s agentes sociales actúan, disputando posiciones a su interior. En cada nuevo campo en que los activistas ingresaban, se ponían en escena un nuevo repertorio discursivo y estrategias singulares. Así, la entrada y el acercamiento a los partidos políticos de izquierda, las disputas en el legislativo, y la participación en el Estado (principalmente después del surgimiento del VIH/sida) a partir de una perspectiva más tecnocrática, fueron acciones que exigían la producción de contradiscursos para romper con la centralidad explicativa (y patologizante) del saber-poder de las ciencias *psi* (psicología, psicoanálisis y psiquiatría) y de la medicina en relación con las identidades LGBT.

Si en el ámbito legislativo, el léxico estaba más orientado a una configuración discursiva en torno a la ciudadanía (en el caso brasileño), cuando l@s activistas pasaron a formar parte de la formulación y gestión de políticas sobre problemas relacionados con el VIH/sida, el discurso pasó a tener un marco más identificado con la tecnocracia. Sin embargo, a través de la noción de campo vemos cómo se ponen en práctica diferentes repertorios discursivos y estrategias de acción.

El esfuerzo analítico del autor se enfoca más en las estrategias que en los resultados. Su preocupación central fue resaltar las relaciones de poder y los procesos de selección, de tensiones y fisuras estructurantes de las tendencias predominantes a nivel nacional y transnacional, sin ignorar que estas mismas tendencias pueden producir potencialmente invisibilidades (u opacidades) y silenciamientos de otras voces disidentes que habitan en los márgenes.

Sugiero que el libro obedece a tres movimientos que a veces se entrecruzan y a veces se distinguen. Con esto, somos llevados a desplazamientos de apertura y clausura de los focos analíticos: 1) un análisis diacrónico y sincrónico de los activismos en cada país; 2) análisis en red, sin un centro. Los temas dispuestos se conectan con una diversidad de otras cuestiones locales y transnacionales; 3) la vida de estos debates en las subjetividades de l@s activistas. De esta forma, por ejemplo, ante la producción discursiva considerable en torno al matrimonio entre personas del mismo sexo, de la Dehesa pone el foco en escuchar a un activista de la periferia de Río de Janeiro, que señala el carácter corporativista, institucionalizado y poco transgresor del movimiento LGBT. En esta sensible estrategia de organización del texto el autor humaniza los repertorios discursivos, llenándolos de carne, hueso y voz. El libro respira en nuestras manos.

El autor no estructura el análisis a partir de una mirada binaria/dicotómica, en el cual tendríamos de un lado a l@s activistas y del otro al Estado (sea en el ámbito legislativo, jurídico o ejecutivo). O activistas *versus* partidos políticos. Este binarismo queda negado cuando Rafael nos señala que hablar del “activismo LGBT” es un sinsentido. Lo que vamos a encontrar son múltiples voces internas a estos activismos que disputan estrategias y tácticas. Lo mismo pasa cuando analiza las correlaciones de fuerza en el parlamento en la votación de determinada materia relacionada con los derechos LGBT.

Entramos en la historia tentacular de los activismos, dejando de lado la idea de que existe “el movimiento”. Un efecto de este lente interpretativo es que “el gay”, “la lesbiana”,

como sujetos políticos univocales ceden su lugar a una polifonía de sujetos colectivos en torno a las sexualidades y los sexos. Este mismo movimiento de complejización está presente cuando discute los sentidos para la “esfera pública”, este compuesto heterogéneo, con organizaciones singulares, parámetros institucionales y culturales que definen los propios términos en que las disputas suceden.

Pasamos a conocer la diversidad de concepciones internas a los activismos a partir de agendas de lucha. ¿Cuál es el lugar que debe ocupar la lucha en el ámbito parlamentario? ¿Con qué identidad debe uno presentarse al mundo público (liberado, *bicha*, homosexual, *sapa*, lesbica, gay)? ¿Cuál es el mejor tropo para expresar la lucha (diversidad, ciudadanía, diferencia, disidencia)?

¿Por qué Brasil y México?

¿Qué lleva a un investigador estadounidense a hacer una investigación larga, en perspectiva comparativa, entre dos países tan diferentes al suyo? ¿Cuáles son los puntos de unidad y tensión que le permitieron construir sus análisis? Estas cuestiones pueden responderse objetiva y subjetivamente. Aquí, me concentraré en las dimensiones objetivas y dejaré las que identifico como subjetivas para un momento posterior.

El libro es construido a partir de algunos desplazamientos de junción y disyunción entre las dos realidades. Y atravesándolas, los discursos transnacionales que son encarnados singularmente en estos dos contextos nacionales.

De los puntos de unidad entre estas dos experiencias nacionales, el autor destaca: 1) el surgimiento históricamente próximo de dos de los movimientos LGBT más antiguos y fuertes de América Latina; 2) élites políticas que adoptaron el liberalismo como ideología; 3) el papel importante de las religiones/iglesias como una institución que está en disputa en la esfera pública; 4) los activismos LGBT surgieron durante transiciones democráticas; 5) el impacto del VIH/sida en la relación con el Estado y su importancia para abrir un nuevo lugar de actuación, señalando con esto el agotamiento de la fase en que los partidos políticos eran el lugar privilegiado para estructurar políticas de alianza. Las ONG (organizaciones no gubernamentales) se volverán las nuevas estructuras organizacionales que responderían más rápidamente a las exigencias de esta nueva fase de activismo, caracterizada por el uso de un repertorio discursivo de contenido tecnocrático, en consonancia con las biopolíticas de Estado para poblaciones LGBT. Los activistas entraron en el Estado y pasaron a ocupar lugares de poder, a discutir metas y resultados de programas gubernamentales, y para esto se tuvieron que apropiarse de un nuevo repertorio discursivo que se caracteriza por la lógica de acción racional con relación a un fin (en los términos de Max Weber). Son los tiempos del activista especialista.

Entre otras diferencias, el autor señala: 1) en Brasil, el activismo encontró herramientas útiles en las democracias formales que pudo usar para apelar a las aspiraciones de una élite política que cruzaba líneas partidarias. En México, por lo tanto, l@s activistas

participaron en una comunidad más identificada con la izquierda internacional; esto contribuyó a definir otros instrumentos que utilizó para entrar y disputar en los espacios públicos; 2) mientras l@s activistas brasileñ@s, en la era pos-dictadura militar, iniciaron una larga trayectoria de esfuerzos legislativos, l@s mexican@s enfrentaron barreras más difíciles y se mantuvieron en buena medida marginados de la arena política formal por más de una década; 3) en México, los primeros lazos con la izquierda partidaria sucedieron a través de la alianza electoral con el Partido Revolucionario de los Trabajadores. En Brasil, al contrario, la gran mayoría del activismo se negó a diluir sus luchas en marcos partidarios. El camino escogido fue el de la política de alianzas. Por lo tanto, se consolida muy temprano en Brasil una tendencia a organizarse como un grupo de interés, con una agenda más estrecha.

La relación que el movimiento debería tener con los partidos políticos fue un debate largo. Grupos (conocidos como autónomos), en ambos países, se negaban vehementemente a ingresar en las filas partidarias, al contrario de otros que combinaban una militancia partidaria y, simultáneamente, en el movimiento social. Entre los autónomos, se destacan lesbianas que consideraban la política partidaria como una correa de transmisión del Estado patriarcal, además de identificar a la izquierda partidaria como un nicho formado por miembros de la clase media.

Cuando Rafael nos presenta esta disputa y las posiciones de las activistas lesbianas, inmediatamente construye un nuevo nudo en su red discursiva y nos arroja en otra esfera de negociaciones: el feminismo, que tiene en la categoría de género la dimensión determinante de sus luchas. ¿Cómo articular la lucha de un feminismo heterocentrado con un feminismo lésbico, donde la sexualidad y el género son entendidos como dos dimensiones inseparables de su condición de sujetos oprimidos? A través de la historia del movimiento LGBT otras puertas y brechas se abren para revelarnos las tensiones en los feminismos.

En un juego de espejos entre las diferencias y proximidades, el autor provoca extrañamientos sobre el alcance y potencialidades de la utilización de la categoría ciudadanía, que, en el contexto brasileño, tuvo y tiene una considerable centralidad en los procesos de tensionamiento de los límites del Estado. Un activista mexicano, un país donde esta noción no tiene la misma aceptación, dirá que al accionarse la estrategia discursiva de “derechos a la ciudadanía”, los posibles efectos asimilacionistas del discurso en los marcos de un Estado heterocentrado son considerables. Sucede que el término “ciudadanía” no es auto-evidente, como muestra Rafael, a partir de las palabras de una activista travesti brasileña, que señala sus sentidos flotantes. Para ella, el derecho de andar por la calle y que su identidad de género sea respetada serían algunos de los contenidos que definen “ciudadanía.”

¿Dónde está el origen? Flujos discursivos transnacionales

Como un hilo conductor, el autor problematizará innumerables dicotomías, entre ellas, la oposición “global *versus* local”, aún tan común en las discusiones acerca de política. Este es un debate en que, actualmente, estamos completamente inmersos a partir de los sentidos que atribuimos a la teoría queer. Los binarismos “esquematizan un mundo, me parece, mucho

más complejo y enredado en torno a rúbricas sobrepuestas de lo nacional y lo extranjero; la subalternidad y la élite; los queers autóctonos (presumiblemente intocados por la modernidad) y los gays cosmopolitas (presumiblemente alienados o colonizados), reduciendo a menudo el activismo a una mera mimesis de la política identitaria estadounidense”(p. 365).

Desde el primer momento, los activismos LGBT ya estaban articulados con discusiones que ocurrían más allá de las fronteras nacionales. El carácter transnacional puede ser captado por el vínculo con los partidos de izquierda (la primera puerta de entrada de los activistas LGBT en la política formal), con organismos internacionales (por ejemplo, de los partidos trotskistas en Brasil y México); en los sondeos de opinión sobre temas vinculados a la población LGBT, aplicadas inicialmente en otros países y replicadas en contextos locales; en el debate sobre eurocomunismo en las décadas de 1980 y 1990 y los desdoblamientos en la reformulación de líneas políticas de algunos partidos de izquierda que pasaron a concederle otro lugar a la superestructura (o la esfera de la cultura) en sus análisis. Es en este contexto que estos partidos repensaron la relación entre la lucha de clases y otras de carácter identitario (feminismo, homosexualidad, y la dimensión étnica). Así, las reflexiones internas en las izquierdas y el flujo de teorías fueron influenciados e influenciaron los rumbos de los activismos nacionales. El debate en torno a los derechos LGBT ya nace inserto en un contexto globalizado, siendo, por lo tanto, difícil (o incluso empobrecedor) demandar una originalidad fuera de estos flujos globalizados de teorías, activismos y encuentros.

En Brasil, la primera movilización de activistas en la política formal se dio en torno a la lucha por la suspensión de la utilización del párrafo 302.0 del Código Internacional de Enfermedades, que patologizaba la homosexualidad. La estrategia fue, en 1982, acercarse a legisladores en todo el país con dos demandas: la presentación de mociones exigiéndole al gobierno federal la suspensión de la utilización de este párrafo y la presentación de una enmienda constitucional contra la discriminación por orientación sexual.

Esta agenda de lucha produjo profundas divergencias. Para algunos activistas, representaba un considerable desperdicio de energía; para otros, estaba en juego una disputa simbólica que, aunque sus beneficios no fueran inmediatos, podría contribuir al fin del estigma que marcaba las identidades LGBT.

A lo largo del libro, el autor discute otras agendas. Retomé el caso de la movilización en torno al párrafo 302.0 apenas para destacar las varias capas que Rafael sobrepone en su atento análisis. Vemos una agenda política que moviliza repertorios discursivos transnacionales, la disputa en torno de esta agenda entre activistas (sea para avanzarla o rechazarla), y las estrategias adoptadas para transformarla en un discurso público (a través de mociones, manifiestos, textos).

Somos instados a pensar sobre cómo los marcos culturales “originales” de estas teorías y agendas se pierden cuando entran en el juego de disputas interno a los campos. El desafío, por lo tanto, es entender la vida de las teorías y las políticas, vinculándolas a agentes y campos sociales concretos. Así, el recurso retórico de que una ley ya fue aprobada en tal país (como hacemos hoy en relación con la ley de identidad de género argentina), es más un

mecanismo propio del escenario público para agregar valor simbólico a la lucha que una expresión de una relación de subalternidad con los discursos “extranjeros.”

La lucha política y las disputas en la esfera simbólica

Uno de los argumentos centrales para invertir energía política en la esfera legislativa resaltaba el poder simbólico de las leyes para transformar mentalidades. Al mismo tiempo, lo que se ve a lo largo de los años es un movimiento de “ajustes”, o de cooptación de sectores del activismo, a una lógica de asimilación de determinados términos identitarios más aceptables en la escena política pública. ¿Ahora, qué efecto tiene la transformación de estereotipos y estigmas si quienes propugnan la posibilidad de transformar mentalidades a través de la aprobación de leyes son los que terminan cediendo a la lógica del “gay respetable”? ¿El cambio de la identidad política de “liberados” a “homosexuales”, por ejemplo, no sería un indicador inverso? ¿Es decir, un reflejo de la fuerza simbólica que poseen las normas sociales para capturar subjetividades y redefinir rumbos de la vida cotidiana? ¿No vendría al caso pensarlo en el sentido contrario de eficacia simbólica? ¿Quién está cambiando a quién? ¿Y cómo se mide la eficacia simbólica (o la eficacia de la ley)?

En 2007, según de la Dehesa, Brasil tenía un considerable cuerpo de leyes en materia de orientación sexual. Decenas de municipios y varios estados aprobaron algún tipo de ley que protegía a las personas LGBT de discriminación basada en orientación sexual. Algunas páginas después, Rafael nos dice que “es revelador que, aparte del proyecto de ley sobre uniones civiles, que recibió una amplia cobertura de la prensa, 72% de los asistentes a la marcha [de orgullo LGBT], un evento organizado por el movimiento, desconociera cualquier tipo de legislación sobre derechos LGBT” (p. 259). Por lo tanto, retomo la pregunta: ¿qué eficacia tiene una ley que ni siquiera llega a ser conocida? Ninguna. Es letra muerta.

No estoy completamente segura, pero creo que el poder de resistencia al canto mágico de las normas está vinculado a los proyectos más amplios que tenemos para la sociedad. Me explico mejor. Si la lucha es por la inclusión de una determinada población, sin cualquier crítica a la propia sociedad capitalista y heterocentrista de la cual se desea formar parte, hay más posibilidad de captura. Sin embargo, cuando se estructura el pensamiento y la acción fuera de los determinismos (sea de clase social, género, sexualidad, raza/etnia), hay mayor potencia transformativa. Quizás esta sea la diferencia entre l@s activistas considerados “asimilacionistas” y otr@s, que piensan el mundo por el lente de la interseccionalidad.

IncurSIONES queer en la esfera pública es un libro fundamental, no solo por la genealogía y arqueología que hace de los activismos LGBT en Brasil y en México. Nos ayuda a ver, desde una perspectiva histórica procesual, la actual coyuntura de lucha por los derechos humanos. Todas las cuestiones que atraviesan los debates, disidencias, alianzas, y relaciones con poderes estatales a las que el autor da vida son actuales.

Ante el debate fervoroso que provocó la invitación a una congresista lesbiana europea que pertenecía a un partido conservador para visitar grupos lésbicos en Brasil e intercambiar experiencias, mi pensamiento se trasladó a las discusiones en torno al *pinkwashing* israelí. Aunque Israel sea reconocido por su política racista y neocolonial en relación a l@s palestin@s, algún@s activist@s gays y lesbianas se tapan los ojos ante estas cuestiones en función de una defensa identitaria (“los LGBT no son perseguidos en Israel”), sin vincularla a otras estructuras de poder. Una vez más, la diferencia entre las visiones en juego está vinculada al proyecto más amplio para la sociedad.

Moralidades: líneas de continuidades

La entrada del activismo LGBT en los partidos de izquierda resucitó los fantasmas que aparecen en el inicio del libro, cuando el autor narra cómo el proyecto de nación, tanto en México como en Brasil, se basó en la exclusión de las homosexualidades. Después de décadas, los discursos de abyección en relación a estas identidades no estaban exclusivamente en las bocas de los dueños del poder, de médicos, psiquiatras o juristas. Se expandió rizomáticamente por las relaciones e instituciones sociales. En los ochenta y noventa, eran los defensores del “poder del proletariado” quienes reafirmarían la condición de anormal de las personas LGBT. Tanto en el mundo burgués del Estado liberal como en el paraíso comunista no había lugar para los seres “degenerados”, “pervertidos”, términos usados ampliamente por militantes de izquierda para referirse a las homosexualidades. Como señala el autor: “El mismo estigma homosexual era a menudo discutido en términos marxistas como un producto de la decadencia capitalista y una forma burguesa de la sexualidad” (p. 138).

El autor hace un importante recorrido histórico por las posiciones de los partidos comunistas mexicanos y brasileños, a partir de sus resoluciones, publicaciones, y decisiones de congresos. Tanto en Brasil como en México fueron los pequeños partidos trotskistas los que primero pautaron este debate internamente en los partidos (Convergencia Socialista en Brasil y el Partido Revolucionario de los Trabajadores en México) y propusieron comisiones de gays y lesbianas.

Cuando leí que “la homosexualidad es un problema social producto de la descomposición de la sociedad capitalista. En el socialismo no existiría la homosexualidad a no ser como una cuestión biológica”(p. 139), posición de un militante maoísta, mi memoria fue como un rayo a los años ochenta cuando comencé a militar en una organización de izquierda. Y no fue sin susto que pensé: “Yo podría haber dicho esta frase”. El debate sobre el reclutamiento de personas homosexuales para ser miembros de la organización a la que pertenecía surgió de vez en cuando en nuestras reuniones de base. Camaradas recién llegados de la antigua URSS nos advertían: “la clase obrera no está preparada. Vamos aplazar este debate para un momento posterior a la toma del poder político”. La mítica “clase obrera” era una muleta retórica perfecta para esconder los valores morales que organizaban nuestras subjetividades. Yo, en el auge de mi fervor revolucionario, con mis verdes 16 años, sacudía la

cabeza y reproducía el mismo discurso. Las mismas muletas retóricas eran accionadas cuando se discutían otras dimensiones identitarias, por ejemplo el feminismo y la cuestión racial.

La relación de los partidos de izquierda con el activismo LGBT, analizada de forma refinada por de la Dehesa, nos revela lo trágico de nosotros mismos, nuestras limitaciones, las imposibilidades de ser totalmente seres transgresores. Allí en algún lugar, residen en nosotros las normas hegemónicas, y nos convertimos en sus resultados y creadores. En juegos subjetivos lacerantes nos movemos entre agencias y condicionamientos, libertades y restricciones, capturas y rebeldías.

La moralidad que organizó el proyecto de nación estaba interiorizada en nuestras subjetividades. Sin embargo, la entrada de los activistas LGBT en la escena pública fue sísmica y cumplió su promesa de eficacia simbólica. Transformó mentalidades, alteró programas de partidos, se impuso como un debate importante para la vida pública. Nos obligó a reflexionar, a producir discursos y, en este proceso pedagógico, los cambios fueron sucediendo. Décadas después, escribiendo este texto, debo reconocer que parte considerable de cómo veo el mundo se debe a aquellos activistas atrevidos, principalmente los de la Convergencia Socialista, que entraron en los congresos estudiantiles gritando a pulmones llenos, sin miedo, con orgullo: “¡Sexo anal derrumbe general!”

Lo híbrido y lo nómada

Ya en las primeras páginas Rafael nos dice que su relación con los Otros que pueblan sus investigaciones está orientada por la “traducción cultural”. Esta declaración ya demarca un campo teórico-político-ético fundamental que nos lleva a crear una expectativa en relación al “tratamiento” que un investigador extranjero irá a dar a nuestras historias. Ciertamente los estudios descoloniales nos han ayudado a repensar nuestro lugar, como investigador@s cucarach@s en la división internacional del conocimiento. Por décadas vimos antropólogos cruzar fronteras, etnografiar culturas sin ninguna preocupación ética por aquell@s que les donaron sus historias (y muchas no fueron donaciones, fueron robos). Hasta el momento, le falta a la antropología una evaluación más profunda de esta relación con los Otros y de esta colusión con el poder colonial.

Yo me pregunto cómo es posible que alguien sea reconocido como “el investigador” de tal cultura sin siquiera dominar el idioma. La figura del “informante”, un nombre cargado de connotaciones policiales para nosotr@s brasileñ@s, aún necesita ser mejor develada en esta historia. No deja de parecerme extraño el prestigio de Lévi-Strauss, un francés que murió sin aprender el portugués, pero que debió parte considerable de su prestigio al tiempo que estuvo entre nosotr@s. ¿Qué escuchaba él de sus informantes? Sabemos que traducir e interpretar es, de cierta forma, traicionar. ¿Cuáles fueron las interpretaciones y traiciones que los informantes comentaron? Nunca sabremos.

Posiblemente ser extranjero aumente este desafío de desplazamiento y traducción ya que hay mapas construidos por estereotipos sobre este Otro que quiero estudiar. Entonces,

para que esta propuesta científico-ética (traducción cultural) se materialice me parece que hay una precondition: saber hablar la lengua de l@s colaboradore@s de la investigación, elemento estructurante de la cultura.

¿Quién es Rafael de la Dehesa? Quien ya lo escuchó en los eventos científicos y leyó otros artículos suyos, comprende que su condición de “extranjero” lo acompaña. Nació en Estados Unidos, pero tiene vínculos familiares en México y en Brasil fue, a lo largo de los años, construyendo familias electivas. Desde muy temprano pasó a estudiar el portugués, y el español era una de las lenguas habladas en su casa materna.

Por más que construyamos disfraces o maquillajes académicos para alcanzar la tan deseada lengua insípida e inodora de la ciencia, cuando escribimos nos revelamos. Lo escrito sobre los otros, antes que nada, es un texto sobre nosotros mismos. Creo que la centralidad que Rafael confiere al hibridismo para interpretar las plasticidades y fluideces de los discursos y las prácticas es un mecanismo para hablar sobre su lugar en el mundo. Su condición de híbrido vuelve empobrecedor cerrarlo o delimitarlo a una identidad nacional. Él no es extranjero solo cuando está en suelo brasileño. La extranjería es su condición de ser en el mundo. Ser extranjero, vivir en la frontera, produce efectos de desconfianza con todo lo que huele a fijo y a identidad inmutable. Es esta desconfianza, elaborada con los sofisticados aparatos conceptuales, la que estructura la narrativa de su libro.

En el viaje que hacemos al leer su obra, somos sacudidos, como tripulantes en un barco que enfrenta una tempestad, en cada nuevo capítulo. No nos ofrece un puerto seguro en sus análisis. El lugar de origen, de discursos con certificado de nacimiento no encuentra residencia aquí. Por lo tanto, al abordar por casi una década una investigación de un aliento y rigor como pocas veces he tenido en mis manos, el autor estaba en proceso de encuentros (y desencuentros) con los múltiples “yos” que lo habitan. Y en esta búsqueda, somos nosotr@s, l@s lector@s, quienes ganamos.

*** Doctora en Sociología, Profesora de la Universidad Federal de Rio Grande do Norte, Brasil**